

# COLABORACIÓN PARA LA MISIÓN

**“Démonos todos mutuamente la mano”**  
(Escritos 2182)



## Génesis

*En varias ocasiones, muchos hermanos y hermanas han manifestado el deseo de promover, personal y comunitariamente, una colaboración más íntima y fructífera entre nuestros institutos combonianos como dimensión esencial del carisma misionero común. El deseo de profundizar y discernir experiencias vividas, en lo que a esto se refiere, nos ha llevado a organizar encuentros como el de Entebbe, Uganda (21 de julio – 10 de agosto de 1996) y a numerosas intervenciones durante las reuniones (en particular en el contexto de la preparación a la beatificación de Daniel Comboni).*

*Nuestros últimos Capítulos Generales y Asambleas Intercapitulares, han recogido, aunque si brevemente, este mismo deseo compartido por muchos. Los tres Consejos Generales - Misioneros Combonianos, Hermanas Misioneras Combonianas y Seculares Misioneras Combonianas - reunidos en Florencia (28 de diciembre del 2000), discutieron este tema y pensaron organizar en Roma un seminario, extendiendo la invitación, además de a los tres Consejos Generales, a los miembros de las Dependencias y Secretariados Generales (23 – 24 de junio del 2001).*

*Fue al final de este “workshop” que se decidió, entre otras iniciativas, escribir esta carta dirigida a toda la familia comboniana.*

## SALUDO Y FINALIDAD

***Muy queridos hermanos y hermanas,***

1. Comenzamos esta reflexión con el deseo del beato Daniel Comboni: “Démonos todos mutuamente la mano: que uno sea el anhelo, uno el fin, uno el empeño de todos los que aman a Jesucristo: el de conquistarle la infeliz Nigrizia” (Escritos 2182). Oremos para que este deseo de Comboni pueda convertirse en realidad y encontrarnos a todos unidos/as en un solo corazón, para enfrentar los retos misioneros de hoy con generosidad y alegría.

2. Escribimos esta carta estimulados, en primer lugar, por los ‘signos de los tiempos’. El pensamiento y los acontecimientos contemporáneos nos invitan fuertemente a identificar el rostro actual de la misión en la capacidad de comunión y colaboración. La Iglesia está descubriendo su rol profético de ser semilla de una sociedad solidaria, portadora de un proceso radical de fraternidad, de justicia y de paz. Los hombres y las mujeres de nuestro tiempo se esperan una colaboración de signos concretos, en todos los niveles, que supere los prejuicios y sea capaz de abrir nuevos canales de esperanza.
3. Nos incentiva, en modo particular, el creciente deseo de colaborar entre nosotros en un modo más creativo y constructivo, deseo que sentimos más fuerte en los lugares en que existe sufrimiento por falta de colaboración.
4. Creemos que el sueño de Daniel Comboni fue el de constituirnos *cenáculo de apóstoles* – hombres y mujeres de distintas naciones y culturas, que forman unidad en torno a la intuición carismática que brota del Corazón Traspasado de Jesucristo. De esta Fuente Vital es de donde nace la colaboración entre los Institutos Combonianos como dimensión esencial del carisma Comboniano común.
5. Estamos convencidos también de haber heredado de Daniel Comboni la colaboración como expresión genuina de su metodología misionera. En efecto, él contemplaba en el horizonte de su Plan sacerdotes, hermanos, hermanas, laicos, maestros, artesanos, personas africanas y de otros continentes, todos como miembros de un único equipo misionero.

### ***Finalidad***

6. ***La finalidad de esta carta es, por consiguiente, la de estimular, siguiendo las huellas del Fundador, la colaboración entre los Institutos Combonianos como exigencia de nuestra vocación misionera y testimonio evangelizador.***
7. ***Quisiéramos también animar y acompañar esta reflexión con propuestas prácticas y medios concretos para introducirla en la praxis cotidiana de nuestro servicio misionero y hacerla crecer cada vez más.***

## **I. A PARTIR DE NUESTRA REALIDAD**

### ***Mirando lo positivo***

8. Ciertamente, la colaboración es ya una realidad en acto en las mismas **personas** de nuestros Institutos. Son muchos los ámbitos (vida espiritual y los distintos campos de apostolado), los modos y las circunstancias en las que los miembros de nuestros Institutos se comprometen a trabajar compartiendo y en armonía. Muchos de nosotros conservamos experiencias de comunión fraterna que han sido fundamentales para reafirmar la propia vocación y el trabajo apostólico. Como familia comboniana, comenzando por el primer grupo misionero reunido alrededor del Fundador, tenemos una historia llena de luminosos ejemplos de colaboración como verdaderos hermanos y hermanas. En efecto, tenemos ante nosotros iconos que nos hablan mejor que las palabras:

- Al final de la Mahdia, Mons. Antonio Roveggio recibió a Teresa Grigolini en Asswuan. La escuchó y se convenció que, ante Dios, había ganado enormes méritos por esta nueva e

inaudita forma de sacrificio (su matrimonio), además de los sufrimientos compartidos por todo el grupo (misioneros y misioneras prisioneros del Mahdi).

- Hacia finales de agosto de 1903, P. Giuseppe Beduschi está muriendo en Lul y Sor Giuseppa Scandola, en la misma misión, goza de buena salud. Ella le manda a decir: "...usted no morirá, en su lugar moriré yo..." y ofrece por él su vida. En efecto, Sor Giuseppa murió unos días después, el 1 de septiembre de 1903, mientras el P. Giuseppe vivió aun por muchos años.

Daniel Comboni se mostraba orgulloso de sus misioneros y misioneras, unidos y fieles en los trágicos momentos de privaciones y sufrimiento, precisamente cuando la colaboración se transforma en caridad y comunión de corazones.

9. El don de la colaboración se encarna en las **comunidades** concretas, que lo revisten de su belleza pero también de sus incoherencias. Esperamos que la parte positiva sea siempre la más fuerte y al final supere todo obstáculo. Pero, mientras reconocemos los pasos dados hacia adelante, somos conscientes de la necesidad de cultivar las actitudes necesarias para una colaboración respetuosa y confiada entre nosotros. Son muchos los hermanos y hermanas que, en su sencillez, viven estos valores, sobre todo en este tiempo en que nuestros Institutos están creciendo en internacionalidad e inter-culturalidad.
10. Como **Consejos Generales**, tenemos ya una buena tradición de colaboración basada en la amistad y apoyo recíprocos. Nos reunimos periódicamente para informarnos mutuamente y para compartir experiencias, iniciativas, interrogantes e intuiciones. Algunas veces hemos hecho incluso ejercicios espirituales juntos. En las situaciones misioneras de emergencia, etc. nos confrontamos, consultamos y tomamos decisiones conjuntas.
11. Los **secretariados** y otras **dependencias de la Dirección General** son las que mejor consiguen materializar la colaboración. Organizan encuentros en los que se profundizan los principios, se programan y se realizan iniciativas conjuntas en los distintos sectores como evangelización, animación misionera, justicia, paz e integridad del creado, formación, promoción vocacional y economía.
12. En las **provincias/delegaciones/regiones**, hemos constatado con alegría cómo en muchos lugares exista la costumbre de celebrar juntos las fiestas combonianas. Con frecuencia se reza, se escucha y se comparte la Palabra de Dios comunitariamente. La invitación recíproca a las respectivas asambleas o a los encuentros que puedan interesar a todos y a todas, es una práctica muy difundida. En todas partes se buscan con creatividad los medios y modalidades para promover esta dimensión de testimonio y comunión de colaboración. Hay también una creciente tendencia a organizar encuentros conjuntos entre los consejos provinciales o de delegación.

### *Aprendiendo de nuestros límites*

13. Percibiendo nuestra fragilidad, debemos reconocer que la colaboración no se puede dar por hecha; es necesario empeñarse en realizarla. En este sentido, hay que **identificar las resistencias** para saber transformarlas en oportunidades de crecimiento. A veces "por delicadeza" se evita el clarificar las causas de los conflictos o se vive ignorándose mutuamente. Puede también suceder que no haya verdaderas dificultades pero tampoco una situación de comunión fecunda.

14. Las dificultades parece que vengan, sobre todo, de la **realidad psicológica de la persona**. Todos tenemos lagunas, fruto de una educación que no ha ayudado al crecimiento humano, que pueden traducirse en mecanismos de defensa como cerrazón, rechazo, aparente insensibilidad, sed de dominio, miedo, falta de equilibrio, ingenuidad... Ciertas dificultades relativas al *género* son parte normal del proceso de individuación femenina o masculina para llegar a sentirse a gusto en la complementariedad a nivel psicológico, espiritual y apostólico.
15. **El conocimiento inadecuado de las respectivas vocaciones** (sacerdote, hermano, religioso/a, laico/a, secular) puede ser un ulterior motivo de dificultad en la colaboración, dando lugar a malentendidos o a expectativas poco realistas. A veces se da, desafortunadamente, una falta de aceptación y valorización de los distintos roles y ministerios, que revela una deficiente visión eclesial.
16. Otras dificultades son el clericalismo (no sólo del pasado y no sólo de los sacerdotes), el centrar todo sobre sí mismos, el imponerse de un grupo sobre los demás, las opciones de misioneros/as que viven “separados” con perjuicio de la misión o el activismo que no deja espacio para la reflexión, ni para establecer prioridades. Todo esto manifiesta no sólo una idea equivocada de misión que frena la colaboración, sino también **una identidad vocacional insuficientemente interiorizada**.
17. El constatar cómo, en algunos lugares, la actitud de colaboración cambia según el interés o la actitud de los o de las responsables de turno, nos hace pensar. Tal vez **faltan**, además de las convicciones personales fundadas en los valores, **estructuras y criterios comúnmente aceptados**, que garanticen y favorezcan el compartir y la colaboración motivada.

## II. REGRESANDO A LOS FUNDAMENTOS

18. En la vocación misionera comboniana, la “colaboración entre nosotros” es, ante todo, un don que debemos recibir con gratitud más que un deber que realizar o una actitud que promover. Un don que no se conoce no se puede apreciar. El hecho de volver a las raíces bíblicas y carismáticas nos ayuda a profundizar y a apreciar más el regalo de comunión, recibido con la llamada divina a formar parte de la familia comboniana para el servicio misionero.

### *Iluminados por la Palabra de Dios*

19. Desde su comienzo, la Escritura nos revela que hemos sido pensados y queridos por Dios y creados a su imagen y semejanza. La vocación del ser humano a la comunión con Dios y con los demás es inherente a su misma naturaleza: “*Y Dios dijo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza...” Dios creó al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; macho y hembra los creó” (Gen 1,26-27)*. La obra de la creación es, en efecto, obra del amor trinitario. La imagen que la criatura humana está llamada a reflejar, es la de un Dios comunión.
20. La persona humana, creada a imagen de la “comunidad divina”, está llamada a descubrir que la dimensión comunitaria–relacional de la vida no es una opción, sino la condición indispensable de crecimiento y desarrollo de la personalidad. Paradójicamente, cuanto más nos acercamos a los demás, tanto más logramos la plena realización de nuestra identidad. Así como Dios Trinidad existe para “donarse”, así también la criatura humana se encuentra profundamente a sí misma en la relación interpersonal y, más aún, en la complementariedad entre hombres y mujeres (cfr. *Gen 2,18*).

21. Desde el Antiguo Testamento, Dios elige a Israel, constituyéndolo como “su Pueblo” (*Dt 7,7; Is 41,8-9*) y estableciendo una alianza con él. El resultado de este pacto de amor es la comunión de corazones entre los miembros de su pueblo. Lo que era una simple solidaridad natural entre las familias, los clanes y las tribus, se transforma en comunión de vida al servicio de Dios que los había hecho “uno”. La lealtad y la fidelidad de Dios se manifiestan en la acogida recíproca y en la participación activa a la vida y al destino de la comunidad (*Dt 22, 1-4; 23,20*).
22. En el Nuevo Testamento, Jesús inaugura un nuevo estilo de misión en fraternidad. La comunidad de Jesús, 12 amigos (*Mc 3,14*) y un grupo de mujeres (*Lc 8,1-10*), no parece, ciertamente, un modelo de capacidad de colaboración; al contrario, con frecuencia la cerrazón, la incapacidad de captar el mensaje y los retos del Maestro, las dudas y los intereses personales de los elegidos, parecen frenar el cumplimiento de la misión. Y es precisamente a estas personas, constituidas como Iglesia, pueblo de Dios, a las que Jesús, a pesar de todo, anima, perdona, alienta y promueve, dándoles confianza, librándolas del miedo, involucrándolas y haciéndolas partícipes de su ministerio para *anunciar el Reino, curar y perdonar los pecados* (*Lc 9,1- 6,9,12-16; 10,1-2; 24,44-48*).
23. Del mismo modo, Jesús, aún aceptando el lento camino de los débiles, los llama a un cambio de mentalidad, educándolos a acogerse mutuamente sin juzgarse (*Mt 7,1-2*), a perdonarse hasta setenta veces siete (*Mt 18,22*), a asumir sus mismas actitudes de servicio gratuito y de colaboración recíproca: “*Sabéis que los que figuran como jefes de los pueblos los tiranizan y que los grandes los oprimen, pero no ha de ser así entre vosotros; al contrario, el que quiera subir sea servidor vuestro, y el que quiera ser el primero, sea siervo de todos*” (*Mc 10,35-45*).
24. La comunidad de los creyentes acoge y asume la herencia de Jesús. Ellos forman “*un solo corazón y una sola alma*” (*Hch 4,32*), realizan la comunión entre ellos en la “*fracción del pan*”, en el compartir los bienes, en el sufrir juntos las persecuciones (*2Co 1,7; Hb 10,33; 1Pe 4,13*) y colaboran en el anuncio del Evangelio (*Fil 1,5*).
25. Jesús ha orado para que también entre nosotros se realice su sueño de filiación y fraternidad. Ser “*una cosa sola*” en él y con el Padre se pone como condición “*para que el mundo crea*” que Jesús ha realmente venido y su amor nos salva (cfr. *Jn 17,20-23*). Para ser capaces de este testimonio que nos quiere perfectos en la unidad, Jesús nos prometió: “*...tendréis la fuerza del Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros y seréis mis testigos...*” (*Hch 1,8*).
26. Es el Espíritu Santo, derramado en nuestros corazones, quien nos confirma en la misión común y nos hace capaces de superar los obstáculos para alcanzar y experimentar la alegría de colaborar en la construcción del Reino de Dios (cfr. *2Co 1, 22-24*). “*Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo; diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo; diversidad de operaciones, pero es el mismo Dios que obra todo en todos. A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común*” (*1Co 12, 4-7*). La disponibilidad para colaborar con el Espíritu de Dios, protagonista de la misión, nos pone necesariamente en comunión a los unos con los otros, porque todos somos llamados al mismo ideal de servicio.

### ***Sobre las huellas de Daniel Comboni***

27. El ideal de Comboni es el de hacer que todas las fuerzas se involucren en la regeneración de la Nigrizia. La familia comboniana, hoy más que nunca, se siente llamada a encarnar este ideal en la historia actual, un ideal que no es posible realizar sin una colaboración a todos los niveles: *dentro* de la misma familia comboniana, en la que cada uno pone al servicio de la misión la

peculiaridad de su vocación y de su ministerio, y *fuera* de ella siendo, junto a otros Institutos y movimientos misioneros de la Iglesia, fermento de ‘misionariedad’ entre los cristianos.

28. Comboni estaba convencido de que la obra a la que había sido llamado ahondaba sus raíces en el mismo designio del Padre, que quiere transformar el mundo en su Reino. Con profunda humildad se puso a servicio de un proyecto que no le pertenecía y sabiendo que la energía que le era necesaria para llevarlo a cabo le venía de lo alto. Esta actitud es indispensable para fundar una verdadera colaboración, opuesta a cualquier búsqueda de protagonismo o afirmación de sí mismo, en proyectos personales que harían vano el anuncio misionero del que somos portadores y portadoras.
29. La llamada a la misión nos une, crea la pertenencia a un proyecto común y, como dice Comboni, nos constituye *“cenáculo de Apóstoles para Africa, un punto luminoso que irradia hasta el centro de la Nigrizia tantos rayos cuantos son los celantes y virtuosos misioneros que salen de su seno. Y estos rayos, que juntos resplandecen y calientan, necesariamente tienen que revelar la naturaleza del Centro de donde emanan”* (Escrt. 2648).
30. Daniel Comboni vive en primera persona esta experiencia de *“cenáculo”* en relación con sus misioneros/as (cfr. Escrt. 2742). El ser *“cenáculo”* indica una realidad que no se basa en afinidades de personas ni de intereses humanos, sino que es una peculiar experiencia de Iglesia y de comunión que tiene su fundamento en Cristo, Palabra y Eucaristía. Es un lugar de encuentro entre el misterio de Dios y nuestra realidad de personas diversas, limitadas y frágiles, en quienes se entrelazan la iniciativa de Dios y la libre colaboración humana. Nuestro ser *“cenáculo de apóstoles”* tiene el fin de *“revelar la naturaleza del Centro”* del que sus miembros adquieren vigor e impulso misionero (cfr. Escrt. 2648). Esto es ya *“anuncio misionero”*, el primero que estamos llamados a dar.
31. Comboni, consciente de que es la Providencia la que lleva adelante la obra misionera a través del concurso y la colaboración de muchos (cfr. Escrt. 2700), persiguió con todas sus fuerzas el ideal de la colaboración universal reuniendo a su alrededor hombres y mujeres, laicos y religiosos, intelectuales y obreros, sin distinción de nacionalidad ni de cultura: elementos heterogéneos que él debía *“poner en perfecta armonía, reducir a unidad de objetivos y de bandera”* (cfr. Escrt. 2507-2508).
32. Es significativa la inspiración de Comboni: *“he sido el primero en hacer que colabore en el apostolado de Africa Central el omnipotente ministerio de la mujer del Evangelio y de la Hermana de la caridad”*, que define *“escudo, fuerza y garantía del ministerio del misionero”* (Escrt. 5284). En un período histórico en el que se consideraba el apostolado femenino sólo como una *“ayuda”* subordinada en todo a los sacerdotes, Daniel Comboni, con una visión verdaderamente profética, habla del ‘ministerio’ de la mujer y considera indispensable, para el éxito de su obra, la colaboración igualitaria del hombre y de la mujer. Además considera el siglo en el que vive, como *“el siglo de la mujer católica, de la cual se sirve la providencia divina como de verdaderos sacerdotes, religiosos y apóstoles de la Iglesia, auxiliares de la Santa Sede, brazos del ministerio evangélico, columnas de las misiones apostólicas extranjeras”* (Escrit. 4465).
33. Mirando sobre todo a su ejemplo, estamos seguros que Daniel Comboni deseaba transmitir a los miembros de sus institutos este espíritu y esta metodología de colaboración. En efecto, estaba convencido que las obras de Dios, *“mientras que separadas unas de otras producen escasos e incompletos frutos, unidas y dirigidas al único fin, cobrarían mayor vigor, se desarrollarían*

*más fácilmente y se volverían grandemente eficaces para alcanzar la meta deseada” (Escrt. 1100).*

### **III. CAMINOS ABIERTOS**

#### ***En la relación entre mujer y hombre***

34. La más específica riqueza que tenemos para ofrecernos, es nuestro ser mujer y hombre. Con ella nos abrimos a la reciprocidad y complementariedad, que se realiza cada vez más al conocernos y aceptarnos con apertura y madurez, en la puesta en común de los propios dones, en el vivir la consagración que nos une y en la total dedicación a la misión que nos ha sido confiada.
35. La intuición y la lógica, la potencialidad de amar, las distintas sensibilidades y modos de reaccionar, la percepción de los valores, los modos distintos de vivir la fe, hacen indispensable la complementariedad y constituyen una gran riqueza en la misión común.
36. Tanto el haber sido creados – hombre y mujer - a imagen y semejanza de Dios, como la fuerza de nuestro carisma comboniano común, nos hacen capaces de transformar estos aspectos en fermentos de crecimiento para el Reino, cultivando actitudes que nos preparan a relaciones constructivas. Se trata de vencer sutiles formas de prejuicio y la falta de autenticidad, que impiden las relaciones responsables y fraternas. Debemos reconocer y aceptar que tenemos necesidad los unos de los otros, con nuestras riquezas y nuestras vulnerabilidades.

#### ***En la relación entre diversos ministerios***

37. Para crecer en una positiva y fecunda colaboración dentro de nuestra familia comboniana hay una premisa que no podemos dejar atrás o darla por olvidada: el conocimiento recíproco, que va más allá de la estima o la simpatía en el plano humano y que saca a la luz los distintos dones en el interior del mismo carisma: laicos y religiosos, sacerdotes y seglares, hermanas y hermanos. Precisamente, esta variedad de ministerios en el mismo carisma constituye su grandeza y es también demostración de su fecundidad y capacidad de encarnarse en las distintas situaciones y estados de vida.
38. Este conocimiento requiere un esfuerzo y un compromiso serio de parte de todos. Sólo así dará el fruto de una comprensión más completa y profunda del propio don y del don de los demás. Nos ayudará a descubrir mejor aún el verdadero “rostro” de Comboni y la riqueza de la potencialidad del carisma que nos acomuna. Nuestras diversidades complementarias conllevan modos diferentes de vivir y de expresar la común vocación *ad gentes*, y esto se refleja en las modalidades concretas de colaboración.

#### ***En el íter formativo y en la vida comunitaria***

39. Queremos resaltar, en modo particular, el tesoro que son las personas que componen nuestra familia comboniana en su variedad y diversidad. Esta multiplicidad de edad, formación, cultura, nacionalidad, personalidad, experiencia y mentalidad, influye necesariamente sobre la colaboración entre nosotros y sobre la dinámica pluralista.
40. Se deduce que la atención a las personas, a su crecimiento integral, armonioso, resulta condición indispensable para crear relaciones fructíferas entre nosotros. En efecto, una sólida

formación en la identidad carismática y en las dinámicas de vida comunitaria están a la raíz de nuestra colaboración.

41. La formación de base y continua, que se concreta en cada provincia / región / delegación y comunidad misionera, debe prepararnos al discernimiento, al compartir ideas y decisiones con los demás. La formación de “personas comunitarias”, que se sirve incluso de las ciencias humanas, es, por consiguiente, indispensable para ayudarnos a entrar en un proceso de diálogo mutuo.

### ***En el servicio misionero***

42. El Concilio Vaticano II ha contribuido a una renovación de nuestra comprensión de la misión, en particular dándonos una visión de Iglesia como “*pueblo de Dios*”, ministerial, participativa, pobre, sierva y peregrina. Posteriormente otros documentos de la Iglesia han retomado o profundizado la dimensión de la colaboración (Ver Apéndice 1). Las consecuencias de esta toma de conciencia son muchas. Para nuestro tema de la colaboración, queremos solamente subrayar algunas: la riqueza y pluralidad de los servicios de la misión, la construcción de comunidades eclesiales en camino, la plena participación del laicado y los ministerios no-ordenados, el lugar de la mujer.
43. Colaborar entre nosotros en esta perspectiva misionera implica la elección de una metodología de reciprocidad. O sea, llegar juntos a una misma visión o proyecto común, confianza mutua en el trabajo en equipo para planificar juntos, respeto de las etapas, prudencia, paciencia, caridad, perseverancia. Para tener éxito en esto se impone a todos/as escucha, reflexión, oración, diálogo y conversión a los valores evangélicos de la comunión y la participación.
44. Es un signo de madurez apostólica el ponerse en actitud de búsqueda de nuevas vías hacia una convergencia de fuerzas para llegar a una programación pastoral más incisiva y eficaz. Abrirnos a la colaboración da profundidad, audacia y un aliento auténticamente “católico” a nuestro servicio misionero, como deseaba Comboni.

### ***En la espiritualidad comboniana***

45. Colaborar en la búsqueda de nuestras comunes raíces representa un deber prioritario. Conocer más profundamente a Daniel Comboni, su persona y su espiritualidad, nos ayudará a hacer nuestras su pasión misionera y sus virtudes. La comunión entre nosotros, según el ejemplo que él nos dio, tendría que estar enfocada a una profunda relación con Jesucristo y a un compromiso de seguirlo sin reservas, alimentado con la oración en la humilde acogida de la Palabra y de la apertura a los pobres.
46. El confrontarnos frecuentemente con la vida del Beato Daniel Comboni y la cotidiana contemplación del Corazón Traspasado de Cristo Buen Pastor, acompañadas de un dejarnos cuestionar por Aquel que nos ilumina sobre nuestra verdad, podrían favorecer el camino para alcanzar la libertad necesaria a fin de estar frente a los demás sin ese miedo que bloquea el diálogo y la acogida fraterna.
47. Nuestra espiritualidad comboniana será incompleta si no incluimos en ella a nuestros difuntos que viven en Dios. Daniel Comboni y los que nos han precedido en nuestros Institutos permanecen presentes en la familia comboniana con la fidelidad y el testimonio de sus vidas, e interceden por nosotros. Al hacer memoria de ellos nos apropiamos de su energía carismática,



especialmente de los que han encarnado de manera particular nuestra espiritualidad comboniana.

## **ALGUNAS PROPUESTAS OPERATIVAS**

48. Es fácil estar de acuerdo en la necesidad de colaborar, pero faltan líneas de acción. La mayoría de las veces, la colaboración viene dejada a la iniciativa de las personas o de las comunidades. Buscar y servirse de los medios que facilitan la colaboración es un deber importante para todos. (En el Apéndice n° 3 tenemos un cuestionario para las comunidades, que podrá servir como base).
49. Proponemos a continuación algunos ámbitos en los cuales nos parece que la colaboración sea factible e indispensable.
50. **A nivel de Direcciones Generales y Direcciones Provinciales** (regionales, de delegación, zonales):
  - a) Favorecer un esfuerzo común para explicitar los elementos del carisma comboniano que aún no han sido suficientemente desarrollados o contextualizados en los distintos continentes, incluso para hacer emerger las figuras históricas de nuestros misioneros y misioneras que han encarnado y testimoniado de manera particular estos valores. Del mismo modo, esto nos compromete a todos, en vista de la canonización de Daniel Comboni, a recuperar los lugares donde él vivió y que de alguna manera contribuyen a hacérselo sentir más tangible y cercano.
  - b) Estimular la búsqueda de una visión común de la misión a partir del estudio bíblico-teológico-histórico, hasta la metodología misionera en los ambientes del trabajo concreto. Una oportunidad única se nos ofrece en la preparación a los próximos Capítulos Generales de los combonianos y de las combonianas y a la Asamblea General de las seculares combonianas, que han optado por profundizar los aspectos de la evangelización, y del ser misionero/a hoy.
  - c) La relación con la Iglesia local en sus distintos componentes deberá ser siempre un aspecto prioritario. La colaboración entre nosotros/as es la manifestación de una actitud mucho más vasta y fundamental de amor y servicio a la gente y a la Iglesia a la que el Señor nos ha enviado. Daniel Comboni siempre deseó y buscó la colaboración con la Iglesia en todas sus expresiones, confió en ella y la involucró responsablemente, dispuesto a compartir con amor las fatigas y miserias de la gente. Mejor dicho, es precisamente la fraterna participación a las alegrías, angustias y esperanzas de la Iglesia local de la que hacemos parte, lo que nos motiva a la comunión entre nosotros.
  - d) Los Laicos Misioneros Combonianos son una expresión concreta y estimulante de la fecundidad del carisma de Daniel Comboni. Participan en la actividad misionera de la Iglesia, en la pluralidad de los modelos de compromiso, según el carisma Comboniano. Queremos dar gracias al Señor por el camino que han recorrido y reconocemos en su testimonio evangélico un signo de los tiempos para la misión de hoy. Queremos mantener con ellos relaciones de fraternidad, de estímulo y colaboración en los distintos niveles.
  - e) Los Consejos Generales, según nuestra realidad, nos comprometemos a continuar la relación positiva de trabajo que ya existe (encuentros, coordinación de emergencias, ejercicios espirituales, informaciones), tratando de aumentar la colaboración para el bien de la misión. Sería oportuno, por ejemplo, efectuar una coordinación en las programaciones de las visitas a

las provincias / regiones / delegaciones mediante una preparación y evaluación conjunta. Además, podríamos tratar de utilizar mejor los varios boletines de noticias para informar los unos de los otros a nuestras comunidades.

51. **A nivel local:**

- a) Es precisamente en las comunidades locales donde de forma más concreta se experimenta la colaboración entre nosotros. Por consiguiente, es importante mantener la actitud de diálogo y las dinámicas de comunicación e información de calidad.
- b) Ya hemos señalado anteriormente algunas iniciativas que están en acto (reuniones periódicas de los consejos, invitación a participar en las asambleas, celebraciones comunitarias de las fiestas combonianas, trabajo en equipo en varios sectores...). Continuemos por lo tanto por este camino con entusiasmo y convicción.
- c) Invitamos a establecer criterios y orientaciones de colaboración en los diferentes sectores, que garanticen una continuidad.
- d) Animamos a los superiores y superiores locales a reunirse para buscar con creatividad medios de animación para favorecer la colaboración entre las comunidades.
- e) Sugerimos a todas las provincias / regiones / delegaciones que organicen un *Seminario (workshop) sobre la colaboración* para dar lugar a todos a escucharse mutuamente y expresar sus expectativas y propuestas relativas a la colaboración. Esto podría acompañarse de un momento de oración y celebración que nos lleve a la curación de las recíprocas heridas del pasado y, sobre todo, que nos conduzca a la acción de gracias por el don de la comunión realizada.

52. **A nivel de Secretariados y Dependencias generales y provinciales** (regionales, de delegación, zonales):

- a) Pedimos a todos los Secretariados y Dependencias que recuperen, en una perspectiva de colaboración, las mociones elaboradas durante las Asambleas de los respectivos sectores. Tenemos ya una riqueza de reflexión y experiencia que nos debe estimular a continuar.
- b) La *Historia* de los Institutos Combonianos ha sido también un camino de colaboración con muchas luces y alguna sombra. Invitamos a todos los superiores y superiores (coordinadores/as) provinciales /regionales/ de delegación y a todos los responsables de los distintos sectores a que no ahорren esfuerzos en el conservar la memoria de nuestro pasado y a profundizar las fuentes de nuestra identidad. Señalamos en particular la elaboración de la historia de nuestras provincias y de las personas ejemplares que han encarnado nuestro carisma, la atención de los archivos históricos y de los bienes culturales, la traducción de nuestros textos fundamentales en las distintas lenguas, etc.
- c) En la *Evangelización*, sugerimos que se promuevan pro-yectos comunes en el sentido de una participación integral: en la programación, actuación y trabajo de equipo o en el llevar adelante centros de formación y de apoyo a la misión.
- d) En la promoción de la *Justicia, Paz e Integridad de la Creación*, parte integrante de la evangelización, invitamos a participar no sólo en las distintas iniciativas, sino también en la creación de una red (*networking*) para una acción más audaz e incisiva, a partir de nuestro

compromiso en los varios campos de trabajo, con otros institutos eclesiales y organizaciones sociales (cfr. Carta “La Justicia como Relación que Genera Vida”, 1 de enero del 2000).

- e) En la **Formación de Base** animamos al intercambio y a la comunicación sobre el proceso formativo entre nuestros formadores y formadoras en las acciones comunes que ayuden a nuestros jóvenes a crecer en los aspectos del conocimiento vocacional, del desarrollo psicoafectivo de la consagración y de la misión, en la complementariedad y reciprocidad.
  - f) En la **Formación Permanente**, además de los aspectos esenciales arriba citados como la profundización de nuestras raíces espirituales combonianas, la visión de la misión etc., se podría pensar en aprovechar mejor las iniciativas que ya están en acto como “el Año Comboniano de Formación Permanente” (MCCJ), el curso de renovación en Tierra Santa (HMC), las distintas iniciativas referentes a la espiritualidad y al trabajo de las Seculares (ver Apéndice 2), la preparación a los votos perpetuos (MCCJ – HMC), los seminarios sobre las diversas etapas de la vida, sobre la integración afectiva, la enfermedad y la vejez.
  - g) En la **Animación Misionera** es donde se ofrecen mayores oportunidades para el apoyo mutuo y la colaboración. Invitamos a favorecer la promoción vocacional abierta a todas las formas de compromiso de vida, según nuestro carisma, la animación de los grupos de la Iglesia local, en los mass-media, el apoyo y la colaboración con los Laicos Misioneros Combonianos.
  - h) En el campo de la **Economía** nos empeñamos en llevar un estilo de vida según el espíritu evangélico, - lejos del control del dinero como instrumento de poder - y a practicar la colaboración con gestos concretos, no sólo de carácter financiero, sino también de servicio, como verdaderos hermanos y hermanas, en la transparencia y en la soli-daridad.
53. Para que el compromiso por la colaboración en nuestros Institutos produzca frutos apostólicos duraderos, nos estimulamos mutuamente a ser concretos en la programación de las varias iniciativas comunes, definiendo juntos los objetivos, estrategias, medios, evaluaciones (¿qué?, ¿cómo?, ¿quién?, ¿cuándo?). Estamos seguros que el amor a la misión y la creatividad, activados por el Espíritu Santo, inspirarán muchas otras iniciativas constructivas.

## CONCLUSIÓN

54. Jesús envió a sus discípulos de “dos en dos” porque, según la tradición judaica, el testimonio de una persona sola no era válido. Pero hay otras razones más importantes:
- vamos de “dos en dos” en primer lugar, para asegurarnos su Presencia; en efecto, él dice: “donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, yo estoy en medio de ellos” (Mt 18,20);
  - y en segundo lugar, para evangelizar como Iglesia, o sea, como servidores unos de otros para que, viendo como nos amamos, sea glorificado el Padre que está en los cielos (cfr. Mt 5,16).
55. La colaboración entre nosotros no tiene por objeto el ser más “eficientes” o “productivos” según los criterios del capitalismo actual, sino entrar en la lógica evangélica y comboniana del morir para que el otro/a viva. La Cruz quiere ser un signo profético, humilde y radical, de la potencia de Dios, que realiza en nosotros su designio de comunión y fraternidad a través del ofrecimiento generoso de nuestra vida por Su pueblo.

56. Nuestro deseo final es que todas y todos nosotros podamos redescubrir con alegría el haber sido “tallados de la misma Roca” (cfr. *Isaías* 51,1) para vivir cada día esta mística en continua gratitud a Dios y los unos hacia los otros.
57. María y José, grandes protectores del Beato Daniel Comboni y de nuestros Institutos, nos acompañen en este arduo y entusiasmante camino.

*Roma, 17 de marzo de 2002*

*Aniversario de la Beatificación de Daniel Comboni*

Madre Adele Brambilla (Sup. Gen.)  
Sor Annunziata Giannotti  
Sor M. Aparecida Gonçalves  
Sor Margit Foster  
Sor Luciana Zonta

Silvana Bordignon (Resp. Gen.)  
Anna Maria Menin  
Clementina Lotti  
Celeste Moreira da Paiva  
Isabella Dalessandro

P. Manuel Augusto Lopes Ferreira (Sup. Gen.)  
P. Venanzio Milani  
P. Juan Antonio González Núñez  
Hno. Humberto Martinuzzo  
P. Rafael González Ponce

## **APÉNDICE 1**

### **“GUIADOS POR LA IGLESIA”**

Son muchos los textos del magisterio de la Iglesia que nos inspiran a vivir la dimensión de la colaboración misionera. Nosotros transcribimos solamente algunos que nos parecen más significativos.

*“El hombre contemporáneo cree más a los testimonios, que a los maestros; más a la experiencia, que a la doctrina; más a la vida y a los hechos, que a las teorías... La primera forma de testimonio es la misma vida del misionero, de la familia cristiana y de la comunidad eclesial, que hace visible un modo nuevo de comportarse...” (Redemptoris Missio 41-42).*

La *Evangelii Nuntiandi* insiste en la esencialidad de la comunión al interno de la comunidad evangelizadora que realiza su mandato cuando ofrece ejemplo “*de personas maduras en la fe, capaces de encontrarse juntas por encima de tensiones concretas, gracias a la búsqueda común, sincera y desinte-resada, de la verdad*” (EN 77).

*Mutuae Relationes* y *Ad Gentes*, insisten sobre la mutua colaboración entre los religiosos (MR 21) y la cooperación entre los Institutos misioneros (AG 33), con el fin de que haya una

coordinación pastoral y de las varias obras, hasta animar a todos los creyentes laicos hombres y mujeres de la comunidad cristiana a involucrarse en su conjunto.

Vita Consecrata recuerda que, las comunidades evangelizadoras tienen “*el particular deber de hacer crecer la espiritualidad de la comunión, en primer lugar dentro de sí mismas, y luego en la comunidad eclesial y aun más allá de sus confines... Sobre todo los Institutos internacionales, en esta época caracterizada por la mundialización de los problemas y al mismo tiempo por el regreso de los ídolos del nacionalismo, tienen el deber de mantener vivo y de testimoniar el sentido de la comunión entre los pueblos, las razas y las culturas*” (VC 51).

El mismo texto pone de relieve también que: “*el futuro de la nueva evangelización... no se puede pensar, sin la renovada contribución de las mujeres*”. La mujer consagrada en particular, “*puede contribuir a eliminar ciertas visiones unilaterales, que no revelan el pleno reconocimiento de su dignidad, de su aportación específica a la vida y a la acción pastoral y misionera de la Iglesia*”. Además, “*la nueva conciencia femenina ayuda también a los hombres a revisar sus esquemas mentales, su modo de auto comprenderse, de colocarse en la historia y de interpretarla, de organizar la vida social, política, económica, religiosa, eclesial*” (VC 57).

La llamada a la unidad debe ser relación fraterna y mutua colaboración aun entre los distintos Institutos de vida consagrada. “*Personas que están unidas entre ellas por el compromiso común de la ‘sequela’ de Cristo y animadas por el mismo espíritu, deben manifestar, como sarmientos de la única Vid, la plenitud del Evangelio del amor*” (VC 52). “*Sobre todo en los países donde, por particulares dificultades, puede ser fuerte la tentación de cerrarse en sí mismas, es necesario que se ayuden mutuamente en el tratar de comprender el designio de Dios en la actual tribulación de la historia, para poder responder mejor con adecuadas iniciativas apostólicas*” (VC 53). Resultan actuales e inspiradoras las palabras de S. Bernardo citadas en VC a propósito de las diversas Ordenes religiosas: “*Yo admiro a todas. Pertenezco a una de ellas en la observancia, pero a todas en la caridad. Todos necesitamos unos de otros: el bien espiritual que no tengo y no poseo, lo recibo de los demás... En este exilio, la Iglesia es todavía un camino y, por así decirlo, plural: es una pluralidad única y una unidad plural...*” (VC 52).

El Papa Juan Pablo II nos presenta este texto de espiritualidad de la comunión que nosotros tendremos que meditar frecuentemente: “*Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas expectativas del mundo. ¿Qué significa todo esto en concreto? También aquí la reflexión podría hacerse inmediatamente operativa, pero sería erróneo dejarse llevar por este primer impulso. Antes de programar iniciativas concretas es necesario promover una espiritualidad de la comunión, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y comunidades. Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado. Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del cuerpo místico y, por tanto, como “uno que me pertenece”, para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un “don para mí”, además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente. En fin, espiritualidad de la comunión es saber “dar espacio” al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. Ga 6,2) y rechazando competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias. No nos hagamos ilusiones: sin*

*este camino espiritual, de poco serviría los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento” (Novo Millennio Ineunte, 43).*

## **APÉNDICE 2**

### ***Breve presentación del INSTITUTO SECULAR MISIONERAS COMBONIANAS***

1. “El Instituto Secular Misioneras Combonianas, constituido a norma de las leyes de la Iglesia, se compone de personas que se consagran a Dios en el mundo para cooperar al apostolado misionero según la espiritualidad del apóstol de Africa Daniel Comboni y alcanzar así su evangélica perfección” (*Constituciones*).
2. Las Misioneras Seculares Combonianas se reconocen como una expresión de la fecundidad del carisma de Daniel Comboni. Se sienten parte de la familia comboniana compartiendo el carisma, que encarnan según las características de su Instituto. En Comboni – ciertamente sensible al fermento que ha llevado al reconocimiento del rol de los laicos que, más tarde, se produjo en la Iglesia - las Seculares Combonianas encuentran profundos motivos de inspiración, no sólo en la vertiente de la misionariedad, sino también en la de la secularidad.
3. La “secularidad” es el elemento que en mayor modo las distingue, y es precisamente esta dimensión la que quisieran que fuera más conocida de los otros miembros de la familia comboniana. Esta, confiere una característica singular a la consagración, vivida a través de la profesión de los consejos evangélicos, y a la vocación misionera “ad gentes”. La secularidad pone un acento particular sobre la persona, más que sobre la institución, sobre el ser fermento escondido, más que sobre la visibilidad de la organización, de las obras o de las estructuras. “Sembrad en la vida de los hombres para hacer germinar el Evangelio dentro de las más variadas realidades y situaciones humanas, para ser en todas partes alma y fermento de misionariedad: esta es la singular encarnación de la herencia comboniana a la que Dios las llama” (*Boletín ‘La Nostra Voce’, junio ’97*).
4. La finalidad específica del Instituto consiste en la “cooperación” a la actividad misionera vivida en sus distintas expresiones. Las Misioneras Seculares Combonianas dan preferencia a la animación misionera, ya sea en su ambiente de origen, que en los países a los que son enviadas para un servicio misionero. Es para ellas un estilo de vida, pero se manifiesta también a través de actividades específicas.
5. El Instituto acoge con alegría entre sus miembros, también a personas con discapacidad física u otras enfermedades crónicas en acto, que estén en grado de comprometer su vida por la misión, encarnando en modo particular la dimensión de la oración y del sacrificio (cfr. *Col 1,24*).

## **APÉNDICE 3**

### ***CUESTIONARIO PARA LA REFLEXIÓN COMUNITARIA***

1. *¿Qué deseamos los hombres que las mujeres comprendan mejor en lo que a ellos se refiere y viceversa? ¿Qué deberíamos hacer para acoger nuestras recíprocas expectativas? ¿Cómo promover positivamente el surgir y el afirmarse de lo femenino en la Iglesia y entre nosotros?*

2. *¿Qué desea cada instituto (o realidad de la familia comboniana) que los demás comprendan mejor, de su vocación específica?*
3. *¿Qué historia ha escrito cada Instituto para documentar a los demás su experiencia, ya sea en el ámbito de la vida religiosa como en la dimensión apostólica? ¿Cuáles son los elementos del carisma comboniano que consideramos más importantes como base para nuestras relaciones fraternas? ¿Qué ejemplos tenemos de hermanos o hermanas que hayan encarnado estos valores?*
4. *¿Cómo hacer de la diversidad, una fuente de enriquecimiento y no de división? ¿Qué considero precioso en mí que quisiera ofrecer a los demás? ¿Cómo instaurar una colaboración sin absolutizar mis ideas y/o mis sentimientos?*
5. *¿Qué tipo de colaboración debemos conseguir entre nuestros Institutos (provincias, regiones, comunidades) para la misión común? ¿Cómo asegurar un proceso de discernimiento y de confrontación–verificación, por el bien de nuestra acción misionera?*